

MARTES VIII TIEMPO ORDINARIO

**san Marcos 10, 28-31**

La buena conciencia

“Como hijos obedientes, no os amoldéis más a los deseos que teníais antes, en los días de vuestra ignorancia”. ¿Han de identificarse nuestros deseos con los de Dios? Evidentemente, no. Pues bien, no es para muchos una evidencia en absoluto. Si algo que considero que me satisface (y pienso que “no hiere al vecino”) estoy en el pleno derecho de exigirlo... y, en primer lugar, a Dios. ¿Cuántas veces hemos oído que la Iglesia busca “cortarnos las alas” con tantas prohibiciones “a diestro y siniestro”? Pero ¿qué es eso de que la Iglesia “busca”?

La voluntad de la Iglesia se identifica con la de Dios... y aquí, no hay “trampa ni cartón”. No existe ninguna institución en el mundo donde la presunción de inocencia se opere, con tanta radicalidad, como en la Iglesia. Uno puede ir al sacramento de la confesión, por ejemplo, y echarle la culpa a otro de sus males, y el sacerdote presupondrá que esa persona actúa con rectitud de intención, aunque el penitente no sea en absoluto sincero. Por encima de la mediación de la Iglesia (nunca podemos olvidarlo) se encuentra la propia conciencia donde, en último término, sólo se encuentran Dios y esa persona.

¿Cuál es el problema? Sencillamente, que nos gustaría que la Iglesia se identificara con nuestros caprichos, de la misma manera que, en tantas ocasiones, y dependiendo de las circunstancias, fabricamos un dios a nuestra imagen y semejanza. Lo dice muy claramente san Pedro: “El que os llamó es santo; como él, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta”. Así pues, no se trata de que Dios sea santo como yo lo soy, sino todo lo contrario. ¿De qué sirve llorar ante una “experiencia mística”, cuando, de verdad, lo que nos pide Dios es más docilidad y más normalidad en nuestra conducta?

“Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos primeros”. En ese trastocar (consciente o inconscientemente) lo que le corresponde a Dios y a nosotros, hay, en definitiva, un problema con la verdad. La afectividad se ha apoderado de nuestra razón, y a ver quién demuestra lo contrario. Parece que se hubiera puesto un gigantesco cartel en las nubes que dijera: “Todo vale cuando se trata de contradecir la voluntad de Dios, ahora bien, que nadie se atreva a llevarme la contraria”. Pero, ciertamente, más que en las nubes, Dios se encuentra en nuestros corazones, aunque se encuentren un tanto endurecidos...

La Virgen los transformará en carne si somos capaces de decir, tal y como dijo un día Ella: “He aquí la esclava del Señor”.